

ESTI - B - ALITZ

(DULZURA Y ESPERANZA)

A.T.A.
2302



5

M - 4755
P
HITA
2.302 ✓
FRAY DIEGO DE DULANCI



ESTI - B - ALITZ
(Dulzura y Esperanza)

Luis Alfonso

EL ESCORIAL

IMPRESA DEL MONASTERIO

1947

FRAY DIEGO DE DULANGI



(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
Departamento de Educación

EL ESCOLAR
COMITÉ DE ASESORIA
1947



ARRA

Luis Alfonso

Fray Diego de Bulanci



I

Y el arte. . .

. . . era un niño, rubio y de ojos azules, como el cielo de aquella Castilla, que «asaz era pequeño rincón», como el cielo de aquella Dulanci, en

« . . . valle arbolado,
donde se aparta la sierra».

¡Hermoso rostro el suyo, que fué espejo de un ángel. . . †

II

Domingo, el tiple, y su amigo Rodrigo

Siempre la alegría se dibujaba en sus labios. Pero aquel día. . . aquel día se obsequiaba a la Señora de la Abadía: era el 8 de Septiembre y *cumplía* la Virgen del altar.

—¡Válgame el cielo! ¡Y qué inspirado Fray Bernardo! Nunca rayó tan alto su numen; a la Madre del cielo, sí; a la Virgen de Belén, también; y aun a la Reina de los ángeles; pero un NATIVITAS TUA, tu

nacimiento, oh Madre de Dios, llenó de gozo al mundo; un Nativitas tua como aquél se compone sólo una vez, y para la Señora de la Abadía.

En estos pensamientos se hallaba sumido Domingo, el tiple, cuando vino a sacarle de su éxtasis Rodrigo, su amigo, que también sabía lucir la voz sonora bajo las bóvedas del templo. Más vivo era Rodrigo, pero menos dulce; más corredor, pero menos devoto; aunque artista, llegaba menos que Domingo a lo íntimo del alma. El eco de la voz angelical de Domingo flotaba en el ambiente entre las nubes de humo del incienso; y en sus espirales, repetido cien veces por los serafines, que hacían la corte, llegaba al trono de la Señora, que miraba sonriente al ángel sin alas. . . Los cantos de Rodrigo salían sonoros de su garganta, llenaban el templo, y su eco inundaba la campiña.

Las delicias de Domingo estaban en el templo, al pie de la Señora; su mayor deleite después, vivir, conversar, cantar con Fray Bernardo. Y cantaba en el claustro, y cantaba en la celda del monje y cantaba en la huerta; pero siempre loores a la Señora. Rodrigo saltaba. Rodrigo triscaba. Rodrigo con sus canciones, puras sí, como la inocencia, pero alegres como las tonadas escuchadas al mecerle su madre en el halda, inundaban de vida y de luz la umbría del bosque cercano. . .

III

Y aquel día. . .

. . . sonaron las notas del órgano e iniciaron el preludio suave, aéreo, impalpable, sublime; y se oyó la voz de Domingo, la voz de un ángel, que puso envidia en el cielo: *Nativitas tua*. . . Y quedó flotando la última nota en el espacio, como eco del cielo.

El coro de tiples siguió cantando las glorias de María y anunciando al mundo la buena nueva; y los acordes del órgano eran aquel día más armoniosos, y los monjes, poseídos de la grandeza del misterio, empaparon de misticismo sus acentos, y la voz de Domingo, como un hilo de plata, como una de aquellas espirales del incienso, como el suspiro de un ángel, sobrenadaba entre las demás, llevando la melodía dulce, tierna, de amor delicado, de amor filial, hasta el iluminado camarín de la Señora; y quedó flotando en los ámbitos del templo como el aleteo de un querube. . .

Y aquel día. . . vió Domingo en los ojos de Rodrigo una expresión singular. . . Y se atrevió a preguntarle:

—¿Qué tienes, Rodrigo?

Y Rodrigo contó a su amigo un secreto.

—Yo cantaba, le dijo, mis amores a la Señora, que me sonreía desde su camarín dorado y resplan-

deciente. Me tendió sus brazos, Domingo, me tendió sus brazos. Y mi voz vibraba con mayor expresión, con más arte, con más potencia; de mi pecho salían acentos para mí hasta entonces desconocidos, que causaron en mi alma una sensación tampoco hasta entonces experimentada; y el eco de mi plegaria sonó en mis oídos, como venido de lejos, como reproducido por un murmullo de voces, por un murmullo de aplausos, y escuché. . . y seguí escuchando. . .

Y la Señora ya no le miraba sino con los ojos preñados de lágrimas.

Esto último, que también lo vio Rodrigo, no lo supo su amigo Domingo.

IV

Después. . .

. . . Rodrigo inundó la umbría del bosque con sus tonadas alegres, como las que escuchó a su madre al mecerle en la primera edad. Y corrió mundo, mucho mundo, regalando los oídos de los Reyes, de los potentados, de la muchedumbre, del populacho. Resbaló por todas las pendientes, vistió todas las galas, se adornó con todas las desnudeces, gustó todos los placeres, bebió en todas las charcas, se movió a todos los aires, le embadurnaron las salpicaduras de todos los vicios. Tuvo momentos de ins-

piración sublime, cuando recordaba las tonadas oídas a su madre al mecerle en el halda, cuando con



... al abrigo de las tapias del Monasterio...

lágrimas en los ojos volvía la vista a los días aquellos—¡felices días!—en que al abrigo de las tapias del monasterio, en la amable compañía de aquellos monjes, negros como el dolor por fuera, blancos

como la santidad por dentro, en la dulce amistad de aquel *dimidium animae* — alma gemela con la suya — del angelical Domingo, cantaba endechas a la Señora de la Abadía. . . ¡Qué suave bálsamo caía con estos recuerdos sobre aquella alma extraviada, enloquecida, atormentada. . .

Después. . . siguió Domingo al abrigo de las tapias del monasterio, dirigiendo sus plegarias a la Señora; triste, verdad, pero esperanzado.

—Volverá, decía, volverá. . .

Y pasaron los meses, y pasaron los años, y llegó Domingo a la venerable ancianidad, siempre al abrigo de las tapias del monasterio. Y escuchaba el murmullo de los aplausos prodigados a Rodrigo, y le seguía con el corazón, y apremiaba a la Señora, que ya no escuchaba sus endechas, porque, cautivos los monjes, gemían en las mazmorras de Córdoba, y su garganta no modulaba plegarias y estrofas. . .

V

Y un día. . .

. . .—¡dichoso día!—sacó de su éxtasis al anciano Domingo confuso rumor, que fué aumentando, aumentando, hasta convertirse en ruido atronador. Acudió a la Señora, abrió las puertas de la Abadía, y. . . creyó soñar al verse delante del Conde Fernán al frente de sus mesnadas, y junto al Conde al

Abad con sus monjes, y junto al Abad a un caballero encorvado por los años, pero cubierto de recia armadura, cuya mirada, cruzada insistentemente con la suya, le rejuvenecía y le hablaba de dulces añoranzas, de gratos recuerdos, de días risueños como la aurora, blancos como la inocencia, apacibles como las auras de un amanecer de primavera. . .

—¿Qué me dicen esos ojos?, se preguntaba el buen Domingo, ¿qué me dicen esos ojos, que me prestan nueva vida?

—Y a vos, continuó en alta voz, a vos, Conde de Castilla y de Alava Señor, a vos, buen Fernán, ¿qué ángel bueno os ha guiado a estas soledades? Solo, yo; sí, solo, desde que un día aciago arrebataron de mi lado a mis hermanos; cuánto he llorado, cuánto he suplicado a mi Señora. . .

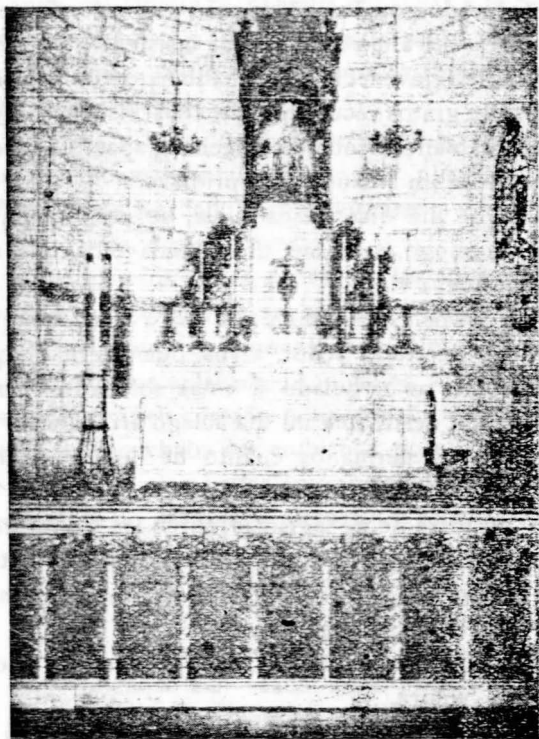
Y un torrente de lágrimas surcó las mejillas del venerable anciano, mientras se confundía en estrecho abrazo con el Abad, que traía impresas en el rostro las huellas del cautiverio. . .

—Venid, venid, añadió Domingo, vamos a decíselo a la Señora. . .

Y, seguido del Conde y de su comitiva, entró en el templo, que aquel día estaba más refulgente que nunca, porque desde el camarín dorado y resplandeciente la Señora sonreía y repartía bendiciones a aquellos sus hijos, que tanto lloraron su ausencia.

Y el órgano preludió los compases del *Nativitas*

tua, porque aquel día la Señora *cumplía*, era el 8 de



... desde el camarín dorado y resplandeciente...

Septiembre. . . Y Domingo quiso cantar; pero anudóse su garganta al escuchar una voz llena, sonora,

vibrante, que inundó el templo como un torrente, y a él le abrió el pecho a nueva vida, y le remozó el alma, y le hizo estremecer con la emoción de los recuerdos de otros días; y pasaron delante de sus ojos los dorados años de la niñez y de la adolescencia, vividos a la sombra y al abrigo de las tapias del monasterio, y aquella campiña de Dulanci hacia el oriente y aquella campiña de Gazteiz hacia occidente, y aquella umbría donde sonaban las canciones, puras como la inocencia, y alegres como las tonadas oídas a su madre al mecerle en el halda, aquellas canciones blancas y transparentes como una cascada de cristal, aquellas canciones que cantaba Rodrigo. . .

—¡Rodrigo!, exclamó de pronto, como si el velo, que ocultaba algo que bullía en su mente, se descubriera dejándole ver lo que su alma ansiaba contemplar. Y lo que nunca había osado en el templo, hizo entonces: volvió la vista, y sus ojos cruzaron la mirada con los del caballero encorvado por los años y cubierto de recia armadura; tropezaron sus ojos con los ojos de Rodrigo, y sus pechos y sus almas se confundieron en estrechísimo abrazo. Y lloraron los dos mirando a la Señora, que, desde su camarín dorado y resplandeciente, sonreía y tendía amorosa sus brazos. . .

VI

Y un heraldo...

... leyó aquella tarde a los cuatro puntos cardinales un pergamino, cuyo final decía así: E confirmamos la donación, que hace la Cofradía de Arriaga, e donamos el cerro de Estíbaliz e sus montes e sus tierras e pertenencias al Monasterio de Santa María, para aumento de su culto e bien de nuestras almas. Yo, el Conde Fernán González, Señor de Alava.



¿A I A L A N T Z U ?
(¿TU, MI LUZ?)





I

Hasta las lindes del monasterio llegó el confuso rumor, y saltó las tapias, y turbó la santa paz de los claustros sobrecogiendo con el temor las almas de los monjes. El Rey Rodrigo, derrotado; Andeca, caído al frente de sus mesnadas de vándulos, vascones y navarros, y los enemigos del nombre de Dios como mancha de aceite, invadiendo reinos y regiones, se extendían al oriente y al poniente y subían hacia el norte en aluvión incontenible. Fortalezas inexpugnables, ríos caudalosos, montes al parecer inaccesibles, ejércitos aguerridos, todo era arrollado por los hombres del desierto. Ya los fugitivos invadían los valles de la escondida Cantabria con la ansiedad y el terror del alma asomados a los ventanales desmesuradamente abiertos de los ojos.

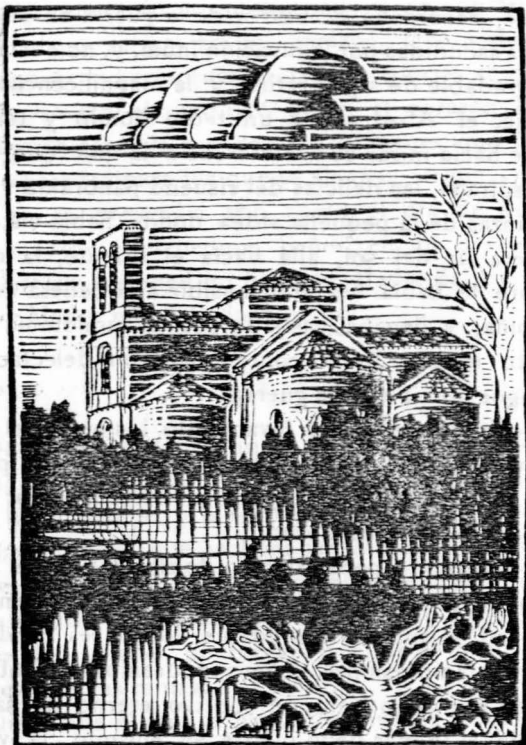
—Cuentan y no acaban, decía un minúsculo oblató, que había interrumpido el silencio de la celda abacial. Ciudades calcinadas, profanación de templos, asaltos a las casas de oración con el consiguiente atropello y muerte de las vírgenes de Dios,

cadáveres por millares, ayes, lamentos, ruinas, desolación. Todos los horrores del infierno, Padre Abad. Y de nosotros, ¿qué será? Dicen que García Arista prepara la defensa de la ribera, coronando de soldados las crestas de nuestros montes nunca allanados; que el Obispo Marciano predica la guerra santa contra el invasor. . .

— Señor, Señor! — exclamó el santo Abad Virila, como si la parlera lengua del oblató le sacara de un éxtasis —, ¿hasta cuándo durará mi triste esclavitud? No me llevarás a tu presencia antes de ver la desolación y el exterminio?

II

Y sumido en honda meditación salió del monasterio, y las auras frescas del crepúsculo airearon su frente mientras contemplaba el atardecer de un día del ardiente estío. ¡Admirable espectáculo se presentaba a sus ojos! Aizgorri y Aralar, tocando al cielo, donde nace la aurora; Amboto y Gorbea, cuajados de misterios, donde el helado cierzo tiene su morada; en el poniente la oscura y siempre amenazadora sierra de Badaya; cerrando por el sur los azulados Urbasa y Andía, y en medio del anfiteatro gigante, el cerro donde la Madre de Dios tiene su trono y recibe el homenaje de cien campanarios sembrados aquí y acullá por el frondoso y hermo-



... donde la Madre de Dios tiene su trono. . .

sísimo valle. Y todo, iluminado por la luz purpúrea del sol crepuscular. ¡Maravilloso! ¡Encantador!

Al contemplar el monje la belleza pacible de la

paisaje, recordaba el horror de la guerra en las regiones sacudidas por la invasión infiel, y, no obstante lo agradable de aquel retiro y la magnificencia del paisaje, el Abad sentía un tedio hondo y tenaz, que le hacía mirar con indiferencia la paz que allí se respiraba, las delicias del risueño panorama y las añoranzas de la pequeña aldea donde había visto la primera luz del sol, allá hacia el oriente; la costumbre le había hecho insensible a la belleza de la campiña, y llegaba, hastiado por la monotonía de cuanto miraba, hasta contemplar con delectación el fragor horrible de la guerra.

—Señor!—exclamó levantando los ojos y el corazón—amparadme; concededme indiferencia para todo cuanto es terreno, y procure yo alcanzar tan sólo el cielo que es eterno.

—Eterno!!—pensó dentro de sí; sin fin, sin término ni alteración! Si nuestras almas buscan la variedad, si quieren lo mudable, lo que les produce distintas impresiones, ¿cómo podremos encontrar, aun en el mismo cielo, un motivo eterno de satisfacción, si lo más bello pierde su encanto, la vista se cansa del paisaje más hermoso, el oído de la voz más dulce y el corazón del amor más sincero? ¿Puede Dios ser causa de bienaventuranza eterna?

—¡Salvador mío!—dijo en voz alta y levantando sus ojos al cielo—Vil gusano soy, y tan vil como soberbio e indigno de veros; a través de las nie-

blas, que oscurecen mi inteligencia, y de las tempestades, que surgen en mi corazón, creo vislumbrar algo de la hermosura de vuestra gloria; sé que «ni el ojo vio ni el oído oyó ni en el corazón humano pudo haber la grandeza de los bienes que tienes preparados para los que te aman», sé que «mil años en tu presencia son como el día de ayer que ya pasó». Detenedme, Señor, en mi desatentada carrera; sostened mi flaqueza, Madre del Verbo eterno; Madre mía, apiadaos de mí!

III

Detúvose Virila, tranquila el alma, iluminada por un rayo de la luz divina. El sol había desaparecido hacía tiempo, y la selva sólo estaba iluminada por las estrellas que tachonaban el cielo; el silencio del bosque era turbado solamente por el armonioso susurro de la suave corriente de las aguas, el áleteo de las aves nocturnas y el débil crujir del viento entre las ramas.

Dió vuelta el monje hacia el convento, inquieto por lo avanzado de la hora; pero, cuando se disponía a regresar, le detuvo el canto de una avecilla, que parecía invitarle a seguir adelante. Y adelante siguió por la *vía santa de los peregrinos*. Eran sus gorjeos tan agradables que nada en el mundo podría dar idea de su dulzura.

Virila escuchaba y seguía a la avecilla peregrina hechizado por su canto. Y llegó al fondo de un barranco, donde encontró una visión, que inundó su corazón de nueva alegría, de una satisfacción inexplicable: vió una señora de resplandeciente majestad, de ojos dulces, de sonrisas de amor, que le invitó a sentarse y a seguir escuchando el armonioso concierto del pajarito. Qué suave cariño maternal reflejaba el rostro de la señora, qué pureza todo su ser!

—¿*Aialantzu?* ¿Tú aquí, mi luz y mi guía?

—No me llamaste, Virila? No imploraste mi protección? Nunca desconfes de las misericordias de Jesús, que tiene sus delicias con los hijos de los hombres.

¡Qué dulzura más embriagadora tenían estas palabras salidas de los labios de la divina Señora! Virila quisiera contemplar aquel rostro y escuchar aquella voz por toda la eternidad.

Desapareció la visión. Y la avecilla seguía sus seductores acentos, que eran un raudal de melodía. El pajarito siguió al poco el camino de la señora y cesó su canto.

Virila permaneció inmóvil, como si saliera de un sueño encantador. Abrió por fin los ojos y elevólos al cielo buscando el origen de aquellas maravillas. Pero en vano; sólo el débil fulgor de las estrellas alumbraba el firmamento, y el más profundo silencio reinaba en las frondosidades de la selva. El

anciano miró en torno suyo. Amanecía la aurora.



¿Aialantzu? (¿Tú, mi luz?)

Se levantó para volver al monasterio, pero sus pies estaban entumecidos, sus miembros habían perdido

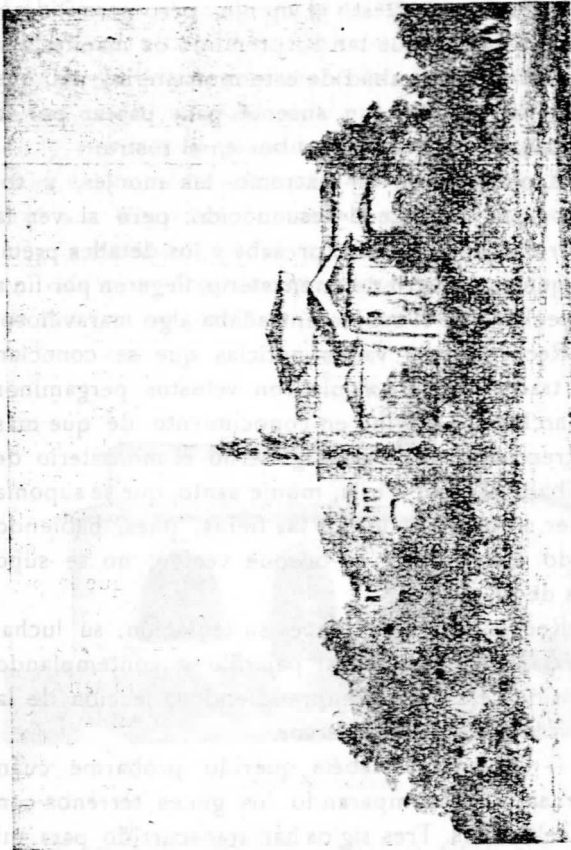
la flexibilidad, y con mucho trabajo salió del bosque. A medida que avanzaba, su sorpresa iba creciendo; todo había cambiado en la campiña. Guiado por el sonido de una campana llegó al monasterio; pero tampoco le pareció el mismo, que horas antes dejó: el recinto era más grande, los cuerpos del edificio más numerosos, y en lugar de los arbolillos, que tras el ábside crecían, elevábanse ahora robles seculares.

Después de buscar en vano durante algún tiempo la puerta de entrada, topó con una de hierro, y golpeó fuertemente en ella. Salió a abrirle un monje, a quien Virila no reconoció, e hízole entrar en una estancia, que el Abad no recordaba haber visto jamás. Con los primeros resplandores del sol naciente se dirigían numerosos monjes a trabajar al campo, llamados por la campana. Pronto estuvo toda la comunidad delante del recién llegado; y el que la presidía, adelantándose, dijo dulcemente a Virila.

—Padre, según vuestro hábito, pertenecéis a nuestra santa Orden, y esta llegada a hora tan inusual demuestra que os habéis extraviado en la sierra. Bienvenido seáis a este monasterio de Santa María, y bendito sea Dios, que nos depara el favor de albergar y servir a un hermano.

Intentó sincerarse el santo sin saber lo que significaban tan extrañas palabras, y exclamó:

—Decidme, por caridad, si sueño. Qué ha suce-



...elevándose robles seculares...

dido aquí? Dónde me encuentro? No es este el monasterio de Santa María de Estíbaliz?

—Este es, contestó el monje, pero permitidme: ¿quién sois vos, que tan sorprendido os manifestáis?

—Soy Virila, abad de este monasterio, del que pocas horas hace me ausenté para pasear por la montaña, respondió con rubor en el rostro.

Asombráronse en extremo los monjes, y tomaron por demente al desconocido; pero al ver la seguridad con que se expresaba y los detalles precisos que suministró del monasterio, llegaron por fin a sospechar que el suceso entrañaba algo maravilloso.

Recordáronse varias noticias que se conocían por tradición; se examinaron vetustos pergaminos del archivo, y se vino en conocimiento de que más de trescientos años antes gobernó el monasterio de Estíbaliz el abad Virila, monje santo, que se suponía haber sido devorado por las fieras, pues, habiendo salido cierta tarde al bosque vecino, no se supo más de él.

Recordó Virila entonces su tentación, su lucha, su éxtasis escuchando al pajarillo y contemplando la visión celeste, y, comprendiendo la lección de la Providencia, dijo con fervor.

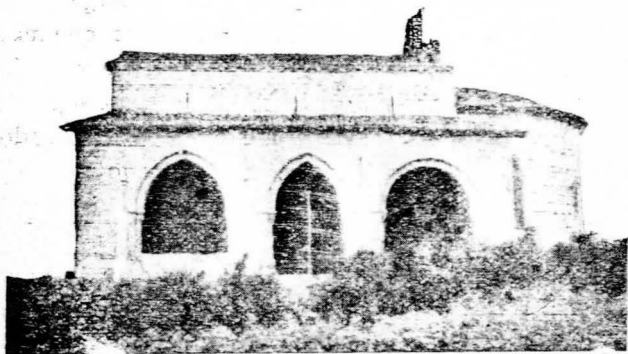
—¡Dios mío! Habéis querido probarme cuán insensato era comparando los goces terrenos con los celestiales. Tres siglos han transcurrido para mí como breves instantes con sólo el atisbo de un resquicio de la bienaventuranza. Ahora comprendo la eternidad.



Descendió a la sombría cripta acompañado de la comunidad, preparóse para abandonar este mundo, y, después de pasar dos días en fervorosa oración, voló su alma a las mansiones celestiales mientras sus labios pronunciaban con fe profunda y alegría inefable:

¡Mil años, Señor, en tu presencia, son como el día de ayer que ya pasó!

* * *



... otro Santuario...

Y cerca del profundo barranco elevó sus arcos románicos otro santuario para cobijar a la Madre de Dios de Ayala.



Escudo de Pérez de Trilucea,
originario de la provincia de Álava

Su primitiva casa solariega fue cerca de Echávarri (¿Ayala?) y ostenta tres peras de oro en campo azul. Sobre fondo de plata un árbol arrancado con dos lobos pasantes de sable .